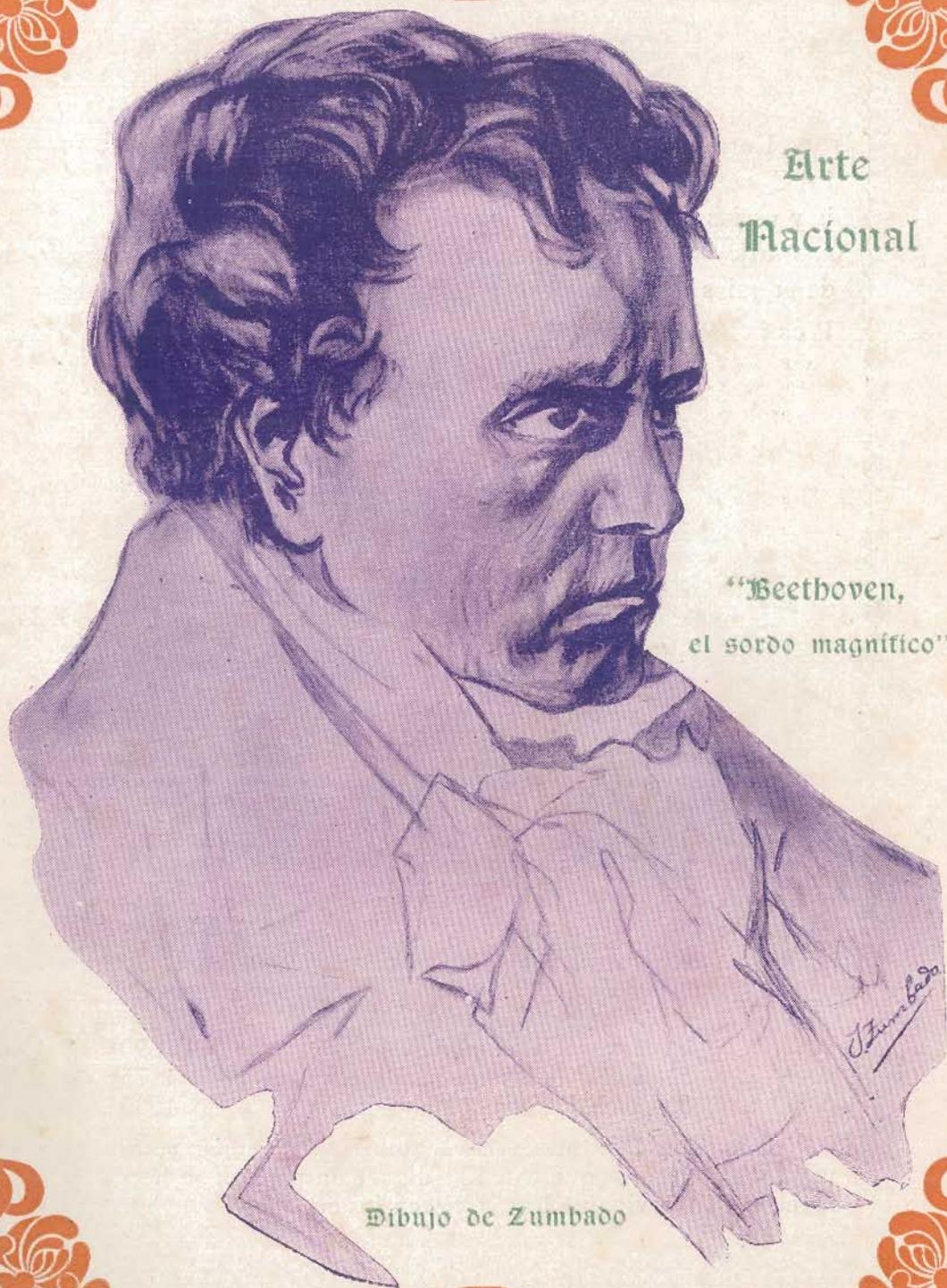


PANDEMONIUM

REVISTA ILUSTRADA

Arte
Nacional

"Beethoven,
el sordo magnífico"



Dibujo de Zumbado

Imprenta y Librería
— ALSINA —
San José, Costa Rica

Precio, 25 céntimos

Gente nueva

Nena Ruy

Por Vicente Sáenz

... Verdad es,—continuó la simpática viejecita envolviendo a Nena Ruy en una mirada llena de melancólica resignación,—que no eres muy bien tratada; pero piensa hija mía que tras estos sufridos tiempos mejores vendrán...: Dios sabe lo que hace, y es misericordioso.

—¡Dios! ¡Dios!...pensó Nena Ruy, y una sonrisa casi imperceptible, una sonrisa que traslucía manifiesta incredulidad; esperanzas perdidas, se dibujó en sus labios finos y rojos.

Miróla la anciana, y comprendiendo aquella sonrisa de poca fe, reflejaron sus ojos miradas de amargos reproches.

—No, hija mía,—murmuró—¡Paciencia, paciencia y perdón!

Habló entonces Nena Ruy: ¡Paciencia!.. ¿Acaso no la había tenido siempre? y ¡perdón!... Si ella no odiaba a nadie, si ni siquiera guardaba rencores, si no era tan mala como la gente decía..., y hasta había tenido esperanzas, esperanzas de tiempos mejores que nunca habían llegado, y que ahora había perdido.

Era Nena Ruy una joven de 18 años, de cuerpo esbelto. Su tez era muy pálida, sus ojos negros, profundamente negros; ojos insondables, negros como las tinieblas de una noche de invierno, tristes como un cielo sin luna: eran retrato de su alma, de su almita niña y vieja, niña de pureza, vieja de aflicciones.

Su nombre era el mismo de su madre muerta cuando apenas tenía cinco años, y cuyo retrato junto con el de su padre guardaba en el pecho como reliquia: apenas si los había conocido... tan sólo sabía que le hacían mucha falta.

Nena Ruy lloraba...

Procuró entonces la anciana enga-

ñar su dolor, tratando de sugestionarla con esperanzas que ella misma no creía: había sido tan ingrata con la pobre niña doña Rosa, su hija, tenía tan mal corazón, que ella, su misma madre, a nada se atrevía temiendo tempestades. Su encantador semblantito de anciana benévola tomó una expresión de hondas angustias, y se humedecieron sus ojillos en otro tiempo azules, incoloros ya de tanto mirar...

—Es increíble,— pensaba— increíble: hermana de su padre, de mi desgraciado hijo muerto apenas cumplida la edad de Cristo... y que era tan bueno... y miraba llena de ternura a aquella pobre joven que lloraba de pesar, casi de desesperación, ahí, a sus pies...

— ¡Pobre hija! ¡Pobre hija mía! —dijo la anciana.—Vive con Dios y contigo misma, huye de los malvados, no hagas caso de los que te calumnian: piensa que su corazón no es bueno.

No obtuvo respuesta...: Nena Ruy sollozaba...—La abuela continuó:—No debes llorar; llora el vencido, el culpable que se arrepiente..., pero ¡tú!... ¿por qué lo haces, hija mía? ¿Es que estás por ventura pesarosa de ser buena? ¡Oh!... Escucha hija de mi alma... no debes apesarte nunca de ser buena.

—¡Nunca, abuelita, nunca!—respondió la niña.—Estrechóla entonces la viejecita tiernamente contra su corazón, al tiempo que dos gruesas lágrimas rezagadas desde rato en sus ojos, dos gruesas lágrimas que eran de protesta, rodaban por sus mejillas ya arrugadas de setenta inviernos, yendo a caer sobre la inquieta cabecita de la niña, como nueva agua bautismal que borra faltas no cometidas, o como agua vivificante que iba a re-

frescar quizás aquellos pensamientos llenos de angustia de Nena Ruy.

* * *

Pasaron dos años: Nena Ruy más pálida, sus ojos más negros y más tristes, sus miradas más profundas: ojos de cielo sin luna que contrastando con negras y sedosas pestañas, traían a la memoria una de esas vírgenes de la Grecia antigua..., a Cipris, a Unais...

Su tía doña Rosa cada día la quería menos: ella no sabría explicar el por qué, pero es lo cierto que no la quería. (Es de notar que la buena señora tenía una hija). ¡Si al menos Nena Ruy hubiera sido como su prima Rosita, tan pía, tan devota, tan casta!... (Así decía doña Rosa).

Ni siquiera tenía amigas..., ¡era tan poco buena, tan peligrosa!..., y poseía tan malas inclinaciones; tendencias muy torcidas, y hasta leía versos malos: ojalá fueran de Fr. Luis de León; y libros peores: ¡de Renán, del malo de Renán, que Dios tenga en mala suerte. (Así decía doña Rosa). Las gentes la miraban de reojo, las señoras como su tía, virtuosas, cuchicheaban al verla, y narraban historias, historias que eran cuentos...: Nena

Ruy escuchaba y sonreía: su sonrisa era de amargura. No acertaba a comprender la infeliz niña la conducta de aquella doña Rosa plétórica de virtudes, amiga íntima de la oración, predicadora perenne de caridad y jefe de varias sociedades de beneficencia, y que no medía sin embargo el mal enorme que la hacía, al obligarla a soportar la vergüenza de la culpabilidad; Nena Ruy no se explicaba que aquella desventura la infamase, creyéndose autorizada para ello, ¡oh ironía!, en nombre de Dios y de la religión.

¡Pobre niña! Ya para ella no había ni una voz de aliento, ni una palabra de cariño. (Su abuelita, la viejecita amada, desde hacía un año estaba en el cielo). Era ya tan mala su reputación, que, cuando alguna madre quería guiar a su hija, la decía: Así es la vida..., ¡tan buena doña Rosa, tan santa, y en cambio su sobrina tan mala!

¡Líbrete el cielo, hija mía, de ser tan malvada como Nena Ruy!

... Y así, entre sarcasmos y desaires y malas voluntades de la gente buena, deslizábase la vida de aquella pobre joven privada de todo..., de padre, de madre, de cariño, de ilusiones...

San José, 1915.

Poetas españoles

Tus manos

Eran tus manos, Clara María, blancas palomas de eucaristía de un bello culto sentimental, cuando posadas sobre mi frente purificaban piadosamente su dulce mal...

¡Ya no me esperan en tu ventana cuando las voces de la campana quieren juntarnos con su clamor! ¡Ya nunca vuelven aquellas citas, y están tus blancas manos marchitas por el dolor!

Cuando mi pecho vibró de angustia y estaba el alma cansada y mustia por la agonía de su calvario, fueron tus manos—armiño y rosa— como las manos de la Llorosa sobre la frente del Visionario, porque me ungieron de fortaleza con la fragancia de su pureza,

para seguir este camino de la amargura, que nunca encuentra la fuente pura donde mis ansias pueda extinguir.

¡Oh, manos tuyas, blancas y breves como las nieves que nos besaban en el invierno, cuando en las rejas de tus vitrales eran tus labios como rosales de doloroso perfume eterno! Bajo la plata de las estrellas sobre mi frente dejaron huellas de su piedad...

Clara María, tus manos fueron las albas rosas que florecieron el alma mía, de un dulce aroma de Eternidad.

Ramón Prieto y Romero